

MONITOR DEL COMERCIO.

EL MONITOR
SE REPARTE
EN MADRID

todos los jueves

POR LA MAÑANA,

Y SE REPARTE

A PROVINCIAS

POR EL CORREO

FRANCO EL PORTE.

NADIE RECIBE

mas de un ejemplar

GRATIS

DE CADA NUMERO

aunque tenga

DERECHO A EL

POR VARIOS CONCEPTOS.



EL PRECIO

DE LOS ANUNCIOS

ES 25 CENTIMOS

cada 40 letras

PARA LOS QUE ANUNCIAN

PERIÓDICAMENTE,

ó 50 CENTIMOS

PARA LOS DEMAS.

NO SE REPITE

EL ENVIO DE LOS NÚMEROS

por ningún motivo

PORQUE SOLO SE TIRA

DE CADA UNO

los ejemplares necesarios

PARA EL SERVICIO.

COMO SE PERVIERTE LA VIDA.

ESCENAS POPULARES Y DE FAMILIA.

I.

EN QUE SE MANIFIESTA EL ESPIRITU DEL PUEBLO.

La Champagne ha tenido costumbres raras, extravagantes, y que nos admiran. Debemos comprender que á una nacion sucede como á un hombre; antes de llegar á la razon es necesario que pase por la infancia, la pubertad y la juventud para llegar á la edad madura. No se llega á una civilizacion perfecta sino despues de largas vacilaciones.

Por mucho tiempo el hombre está como desorientado. Mientras la experiencia no le ha formado, su marcha es difícil y penosa por el camino que conduce al grado que la Providencia ha fijado como límite á la sabiduría posible sobre la tierra. Quiero citar algunas de aquellas costumbres del feudalismo, pueriles ó significativas, bárbaras ó sencillas. Esto ayuda á juzgar los siglos, las tinieblas y la luz, los hombres y las cosas.

Figuraos que durante largo tiempo, antes de 1501, por ejemplo, y tambien desde 1501, habia en Champagne y en otras provincias, una multitud de zahurdas llamadas leproserias ó hospitales de leprosos. Así, Montier-en-Der tenia una en San Lázaro, cerca de Puysie. Estas casas eran para los miseles ó leprosos de aquella época. Un hombre atacado de esa horrible enfermedad, debía ser separado de la sociedad de los demás hombres. Es, pues, curioso el modo como se verificaba esta operacion.

El leproso asistia á una misa dicha espresamente; en ella debía besar el pie y no la mano del sacerdote. En la puerta de la iglesia echaba sobre su cabeza tres pelladas de tierra que tomaba en el cementerio, y á cada una le decia:

—Amigo mio; esta es la señal de que has muerto para el mundo, y para ello es preciso que tengas resignacion.

Despues, cantada la misa, el cura, con la cruz, le llevaba á su zahurda ó casa como en procesion. Entonces le decia:

—Amigo; ya sabes, y es muy cierto, que el dueño del hospital de San Lázaro tiene, por sus certificados, probado y conocido, que te ves atacado de la enfermedad. Por eso te prohibo que traspases ni faltes á los artículos aquí escritos.

Que en tanto que estés enfermo, no entrarás en otra casa que en tu ya dicha zahurda, ni te acostarás, ni en molino entrarás.

Item, que no te mirarás en pozo ni en fuente, y que no comerás sino por tí mismo.

Item, que no entrarás en la iglesia más que mientras se celebre el oficio.

Que cuando pidas limosna tocarás tu campanilla.

Que no viajarás lejos de tu zahurda, sin haberte vestido tu hopa, y que ésta sea de camelote sin color alguno.

Que no bebas en otro arroyo que en el tuyo.

Que tengas ante tu zahurda una escudilla fija en un palo derecho.

Que no pases puente ni tabla sin haberte puesto tus guantes.

Otra costumbre muy estraña era la que se referia á los carniceros. Estos industriales se veian obligados una vez al año, entre Navidad y Candelaria, á ir al lugar llamado las Dos Aguas Buenas, y de allí llevar á Troyes, por sí mismos, engalanados de dos en dos, con bastones atados á un carro, sin caballos ni otra ayuda que ellos, al capellan del hospital, revestido de sobrepelliz y estola, llevando en sus manos la cruz; y en dicho carro, estaban obligados los carniceros á poner en acarreo veinte y cinco canales gordas, y no entreveradas, buenas y suficientes para tener tocino, guarnecidas con su sangre y menudos, estando el capellan sentado delante, y los ministriles delante de ellos, desde los criaderos hasta las Dos Aguas Buenas.

Escuchad tambien esta excentricidad feudal del alto y poderoso señor conde de Lesmont:

«Un caballo con los cuatro pies blancos, está exento de peaje.

«Un carro cargado de pescado, debe cuatro sus y dos dineros, con una carpa ó un bollo al dicho conde...

«Un hombre cargado de vasos, dará un vaso á eleccion...

«Un judío, pasando por el dicho condado, se pondrá de rodillas ante la puerta del conde ó de su mayordomo y recibirá un bofetón.

«Un calderero con calderas, pagará dos dineros, si no prefiere decir un *Pater noster* y una *Ave Maria* á la puerta del dicho conde.»

Pero ni lo merece, ni es de esto de lo que yo quisiera hablaros, sino de la educacion; porque solo la educacion hace á los hombres y á los pueblos. Y puesto que me siento con humor de moralizar, no contendré mi número, y refiriéndos una historia, encontrareis la moral bajo su corteza.

Era antes de la revolucion de 1789. Me veo obligado á deciros cosas de mi tiempo; pertenezco mas al otro siglo que á este. Y además, ¡ha proporcionado tantos dramas 1789!

Era día de fiesta en Troyes; en sus boulevares tronaba el cañon: todas sus campanas repicaban á vuelo, y en las calles sonaban los tambores con estrépito. De las cercanías, aldeanos y aldeanas llega-

ban con sus trages del domingo, y el clero de las parroquias inmediatas, de sobrepelliz y con pendones desplegados, entraba cantando salmos, mientras que doncellas, aldeanas y mozos engalanados con cintas de colores, alzaban sus voces con melodiosos cánticos. De todas partes de la antigua ciudad, se precipitaban oleadas de alegre pueblo, de soldados del gobernador de Champagne y milicianos; los escribanos, procuradores, escribientes, las gentes de oficios, carniceros, barberos, en una palabra, todo el mundo iba al puesto señalado para ingresar en una procesion gigantesca que iba á ponerse en marcha, con estandartes, pendones y gallardetes flotando á merced de la brisa.

El piso de las calles estaba cubierto de arena y sembrado de flores, y de balcon á balcon se estendian guirnalda de rosas, peonías, margaritas, tulipanes, escabiosas, sin contar el follage, los mayos plantados aquí y allá, las colgaduras de todos colores y las banderolas que se ostentaban en todas las habitaciones.

Aquel día parecia la antigua ciudad convertida en un verdadero paraíso terrestre. Todos se abrazaban, se felicitaban; la alegría estaba retratada en todos los semblantes, y la felicidad en todas las almas, como la fraternidad de los labios.

Y en la catedral y en todas las iglesias, habia opulencia, riqueza y esplendor.

Todavía no os he dicho por que era todo aquel bullicio. Pues bien, era que la capital de la Champagne iba á ver llegar aquel día á sus muros un obispo, un nuevo prelado que le enviaba el cielo para reemplazar al que hacia poco habia muerto, dejando tras de sí olor de santidad; y el nuevo pastor era anunciado como un justo, un patriarca, un amigo del pobre y del huérfano, un verdadero representante de Jesucristo en la tierra.

Así que, no os diré la alegría universal que prorumpio en un unánime aplauso, cuando la procesion que se dirigia por el camino de París, se encontró el carruaje del prelado tirado por cuatro caballos blancos.

Despues de los discursos del gobernador y del cabildo, un hombre del pueblo se aproximó al carruaje del obispo, á pesar de los alabarderos que querian separarle y le dijo:

—Monseñor, nosotros no sabemos hacer cumplidos; pero os amamos de antemano, porque nos han dicho que llegaríais á nosotros como un padre, como un padre se acerca á sus hijos; vamos, pues, á probaros nuestro amor á nuestro modo.

Entonces, sin decir nada, nuestro hombre, ayudado de treinta compañeros adornados de flores y cintas, separando á los hombres de armas á la vista del obispo que se sonreía; desengancharon los cuatro caballos blancos, y ocupando su lugar con ayuda de correas, de que tenían provision, se pusieron á ar-

rastrar triunfalmente el carruaje del prelado hacia la ciudad, precedidos de la suntuosa procesion que cantaba diciendo como estribillo:

¡Viva, viva el padre del pueblo!

Al oír esta ovacion popular, el buen obispo lloró.

—¡A la torre de los Barones! dijeron aquellas honradas gentes cuando llegaron a las puertas de la ciudad.

Era costumbre que el obispo de Troyes, entrando por primera vez en la ciudad episcopal, dejase su carruaje y fuese llevado en hombros de cuatro barones.

Por última vez siguió la costumbre, ¡ay! y los cuatro barones designados recibieron con alegría su peso.

Mas dejemos al acompañamiento dirigirse hacia la catedral, y ocupémonos de dos niños, los hermanos Norberto y William, hijos de la viuda de Brancourt, quienes desde lo alto de un balcon adornado con lujo, examinan con curiosa mirada el magnifico espectáculo que se despliega en la ciudad.

II.

EL FALSO CAMINO DE LA FELICIDAD.

Zenobia Araminta Hermengarde, hija del alto y poderoso señor Melchior de Vandermont, señor de Plaurupt y Brancourt, se habia casado con el mas alto y poderoso señor Gaston Tenuégui de Brancourt, conde de Chabanges y Grandpré.

Dos hijos, Norberto y William, habian venido a consagrar aquella union. El nacimiento de estos seres queridos llenó de júbilo el alma del noble señor, que veía su nombre perpetuado para siempre. En cuanto a Zenobia, habia sentido su corazón lleno de dulce alegría, abriéndose todo al amor cuando el cielo le habia dado a Norberto; pero a la aparicion de William, habia experimentado un horrible decaimiento porque se habia engañado en sus deseos. Ella deseaba apasionadamente una hija.

Así desde su entrada en la vida, el pobre William fué castigado por ser un niño... mientras Norberto, niño mimado, se veía inundado de delicias.

Ciertamente era esto muy injusto! Por eso la condesa de Brancourt, recibió bien pronto el primer aviso del cielo. El alto y poderoso señor Gaston de Brancourt, murió, llevando a su tumba el orgullo de sus títulos, y dejando a su viuda sumergida en un profundo dolor, oprimir contra su pecho al pequeño Norberto, rechazando al mas pequeño William...

Norberto conoció bien pronto las ventajas sobre William.

Para él los mas hermosos vestidos, las gorras mas extrañas: de este modo le enseñaba la vanidad.

Veía a un niño miserable y andrajoso mendigar por la calle, y por temor de manchar su blanca mano con el contacto del pobre, le separaban del camino que seguía. Así infiltraban en su alma la avaricia y la insensibilidad.

Si se encontraba en alguna reunion de jóvenes nobles, era preciso que el señor conde tuviese lo mas bello posible en su gorra, los mas ricos encajes en su jubon, y las cintas mas lindas en su gorguera. Así se le inspiraba la envidia.

Que se diese una comida, que se aceptase un banquete, Norberto debia de tener a su disposicion lo mas selecto, los manjares mas exquisitos. Así se hizo de él el hombre mas esperto en glotonería.

En los dias de baile, danzando con lindas y locas mugeres, radiantes de joyas, diamantes, coronadas de flores, acompañado de los voluptuosos acentos de una música lasciva, Norberto iba, venia, acariciado, adulado, orgulloso con aquellas demostraciones de afecto. Así se abría en su alma la puerta que daba acceso a los vicios de la lujuria.

Sucedía que un pequeño duque, un pequeño marqués, y sobre todo William, le manchaban o le pisaban, ¡pardiez! nuestro hombrecillo apretaba los dientes, cerraba los puños, se ponía soberbio, y levantándose sobre sus talones, escupía al rostro del insolente, ante la sonrisa de satisfaccion de su madre. Así se excitaba la naciente cólera del ilustre vástago.

En cuanto a los ejercicios del saber, al estudio de los idiomas, a los cuidados del entendimiento y al desarrollo de las facultades de la inteligencia ¡cómo! ¡lejos la escritura, la lectura y el cálculo! Esto era bueno para los vasallos. Un noble de los buenos tiempos no debia saber firmar. Así se hacia crecer a Norberto en una indigna pereza.

¡Pobre victima de un loco y estúpido amor!

En tanto William rechazado, despreciado, tambien habia crecido junto a los tizones de la grande chimenea de la cocina en invierno, y durante el verano en los brazos de su nodriza, que habia pasado a ser su fiel aya, y la única persona que no le molestaba ni le humillaba. Así la amaba como hubiese amado a su madre. ¡Qué digo! la amaba tanto mas, cuanto que no solo reemplazaba a su madre, sino que

comprendiendo el papel vergonzoso que hacia apreciaba mas la adhesión de aquella muger.

Felizmente Marineta sacaba todo el celo de su corazón del sentimiento religioso. Y como la dejaban dirigir a William a su voluntad, siempre que no la viesen, encerrada con él en su habitacioncita, ó bien yendo con él a los prados para coger margaritas, a la inversa de las tristes lecciones dadas a Norberto por la orgullosa condesa, Marineta a su predilecto niño le revelaba al cielo y a la tierra, Dios y el mundo, los ángeles y los hombres, el bien y el mal, la virtud, despues el vicio, la verdadera gloria y la vergüenza, la felicidad y el infortunio, la nada de todas las cosas y las espléndidas opulencias de la eternidad!

Por tanto, William, llegó a ser un verdadero hijo de Dios, un ángel en la tierra, un cristiano sumiso. Despues de haber formado su corazón, se ocupó de su espíritu. Para esto, sin que lo supiese la alhiva condesa, le envió a una escuela.

Ved la escuela en la época de que hablo:

Es un vasto salon de paredes blanqueadas con yeso. Los discípulos están colocados delante de mesas colocadas en escalones. El maestro con un manto negro sobre sus hombros, y teniendo a su alcance la palmeta y la caña, dirige a sus estudiantes una mirada viva y siempre activa.

Observad ese niño: charla tenazmente y pretende que no lo hace; pincha a sus compañeros y les hace reír. El magister le azota, y pone encima de su sitio esta terrible inscripcion:

¡Tenax, mendax, pécacer, viciosus! (1)

Aquel otro es tan malo, que se le ha colocado en un rincon con esta humillante leyenda:

¡Reficiendus! (2)

Hélos allí que no trabajan, ó que trabajan mal. La disciplina anda. Y leed el rótulo que les corona.

¡Pigri, mólli, distraeti! (3)

A un lado, ved a ese picarillo que rie sin que le vean: leed lo que tiene escrito:

¡Retinendus! (4)

Mas en esa mesa todos aquellos niños están inclinados sobre libros y pergaminos. Así, ¡qué se lee sobre la pared detrás de aquellos diligentes escolares?

¡Doiles, pii, modesti, diligentis! (5)

Pues en el primero de estos bancos, a la cabeza de esos villanos, ¿no reconocéis a nuestro héroe, William de Brancourt? aprendió pronto y bien el latín. Despues el profesor, entusiasmado con él, le enseñó el griego. En seguida le reveló lo que sabia de historia, de geografía, de aritmética, etc.

Pronto hizo William tantos progresos, que a la edad de trece años, aun pequeño y débil, era ilustrado.

Ilustrado sin que supiese su madre que era un tesoro....

Piadoso sin que su madre le hubiese abierto el libro de Dios. William, ignorado de su madre y desdénado, era conocido, querido y agasajado en toda la ciudad.

¿Cómo podia ser de otro modo?

En la calle nadie era mas modesto y humilde que el vizconde de Brancourt. Sabia que todos los hombres son iguales ante Dios, y creía en Dios.

Encontraba un pobre, le llevaba a su oscuro rincon, y le daba el pan que llevaba a la escuela y la moneda que Marineta habia puesto en su pequeña escarcela.

No gastaba mas que los vestidos usados de su hermano; pero encontraba un niño cuya blusa estaba rota, y le daba la suya, y encargaba a Marineta le proveyese de otra.

Comia para vivir, y ciertamente no vivia para comer, como tantos otros niños que hacen un ídolo de su vientre.

Jamás se ofendía por una injuria: se acordaba de Jesus ultrajado. En lugar de cólera, tenia paciencia y mansedumbre.

El día de la entrada del nuevo obispo de Troyes en su ciudad episcopal, habia instalado la condesa a Norberto en el balcon adornado con cortinas magnificas, y miraba apoyando las manos en sus espaldas.

Marineta, habiendo hecho subir a William por su propia autoridad, acariciaba con sus manos los rubios cabellos de su ángel y le decía:

—Hé ahí al obispo, inclínate ante el vicario de Jesucristo.

Y Norberto levantaba orgullosamente la cabeza mientras William oraba.

Zenobia aparecía a los ojos de todos vestida con espléndidez. Los cabellos ricamente prendidos, su precioso vestido, sus brazos cubiertos de brillantes y su velo, todo era magnifico. Un ligero manton de seda caía sobre sus espaldas, y flotaba agitado por la brisa.

(1) Te veo, embustero, picaro, vicioso.

(2) Debe ser espulsado.

(3) Perezosos, afeminados, distraídos.

(4) Puestos en reclusion.

(5) Dóctiles, piadosos, modestos, estudiosos.

Norberto tan moreno como William rubio, tan soberbio como modesto éste, vestido con lujo de cintas, terciopelo y pedrería, llevaba el interesantísimo traje de los niños nobles.

Desfiló todo el acompañamiento bajo el balcon, cerrando la marcha las órdenes religiosas, y detrás la multitud santamente gozosa.

Mas entre aquella multitud que ruge como la marea, hay hombres que, habiendo observado a la condesa y su hijo Norberto, han visto que su cabeza no se ha inclinado ante la bendicion del pastor; que su rodilla no se ha doblado, que el orgullo ha lanzado rayos de desden de parte del niño sobre la procesion que despliega su espléndidez. Han visto, por el contrario, han reconocido a William en un rincon del balcon, arrodillado como un ángel que adora.

Al punto envía a este último sus besos y sus sonrisas.

Norberto, a esta señal, vuelve la cabeza y vé a su hermano....

—Madre, dice con soberbio desprecio, ¿qué hace ahí? llevadle, Marineta....

—Sí, esclama la condesa; ¿cómo os atreveis a exponer a las miradas de todos a ese niño con tales vestidos?

—¡Ah señora, yo apelo a Dios! responde Marineta. ¡Una madre!.... ¡un hermano!.... ¡es posible, señora!

—¡Aléjate pronto!.... replica Norberto.

William obedece, y cogiéndose al brazo de Marineta:

—¡Ven, ama!.... dice con una sublime resignacion.

El pueblo ha comprendido aquella rápida escena. Sabe por alguna voz indiscreta lo que pasa en lo interior del palacio, los favores del hijo mayor y las humillaciones del joven. Vé y juzga la nueva injuria de que William es victima, y victima sumisa....

—¡Viva William, nuestro amigo, nuestro hermano!.... gritan. ¡y baldon para la madrastra, vergüenza para el fratricida!....

Es un verdadero motin que se desborda y ruge....

—¡Han renegado de Dios! dice uno.

—¡Han despreciado nuestro obispo! dice el otro.

—¡No tiene compasion para con los pobres, ni alma para con los que padecen! añade un tercero.

—Humillemos el orgullo de esa muger, que desprecia al Rey del cielo y al padre que nos envia....

—Y al pollo rompámosle las alas....

—¡Saqueo en la casa de Brancourt!

¡Ay! en aquellos tiempos de efervescencia fácil, en que la menor chispa prendía fuego, con la llama y la venganza en las manos del pueblo, el desorden se convertía rápidamente en motin. Este motin se verificó.

En un instante echaron abajo las puertas, se llevaron de gente las habitaciones, los muebles fueron rotos, la condesa maltratada, Norberto arrojado por tierra, humillado, confundido....

No haré la descripción de este horrible drama. Baste decir que aquella misma noche la desolada condesa lloraba su querido hijo ahogado en la sinistra invasion del palacio por el furor popular.

En la noche del mismo día, William, a los pies del nuevo obispo, le pedía el permiso de formar parte de sus pages.

Así, pues, viuda primero, la condesa añadió a aquel título el de madre privada de sus hijos.

Así Dios castigaba, y castiga, a los que desprecian la virtud.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.

LAZOS DE AMOR.

I.

Jorge es un joven pintor
De brillante porvenir,
que sabe amar y sentir
con artístico furor,
mas si al pintar la sultana,
que tiene el alma mas dura
que la bella arquitectura
de su gótica ventana,
pide en su bello ideal
a la soberbia Stambul
debajo de un cielo azul
una belleza oriental,
desoyendo en su cogen
desde su alcázar moruno
al trovador importuno
de su arabesco jardin,
sus perfíles le hacen ver
lo invencible de su afán
porque mostrándole van
detalles de otra muger.
Cuando una fuerte pasión

logra inspirar la belleza,
baja el hombre la cabeza
para oír al corazón,
y momentos hay en que
sin la lógica que escuda,
abre su abismo la duda
á las plantas de la fé;
pues si la mente recuerda
que un acróbata, un Blondin,
sin usar del balancín
trabajaba en una cuerda,
cuando una nube se abrió
é hiriéndole de repente
dos rayos del sol poniente
en el Niágara se hundió:
¿qué extraño es que la muger
con belleza y coquetismo
en un insondable abismo
pueda dejarnos caer,
si de su rostro al crisol
el hombre se arrastra ciego,
y en sus ojos hay mas fuego
que en los dos rayos del sol?
Tropezará en realidad
el mortal que así delira
tras una estéril mentira
con una horrible verdad,
que, en el mundo, á una pasión
quien se entrega sin cordura
alza un templo á la locura
y un sepulcro á la razón.
Presagiando desengaños
la madurez de una mente,
que contrasta grandemente
con el verdor de los años,
de su aposento y sin calma
á José hace huir al fin
por si le brinda el jardín
tranquilidad para el alma;
felizmente le desvia
de su punzadora duda
un sugeto á quien saluda
con familiar cortesía:

—¿Cómo sigue usted, doctor?
—Yo, perfectamente bien,
y, usted, amigo?

—También
me siento mucho mejor.
Sin afanoso cuidado
de negocios que atorean
gozo las brisas que olean
el solar del vascongado,
y solar es, por mi vida,
que fija su asiento en él
el mas florido vergel
de la estación mas florida,
pues ya veis que de belleza
de encantos y de hermosura
lo ha dotado sin usura
pródiga naturaleza.
—¿Es usted poeta?

—No,
pero alcanzo á comprender
que el mejor libro es leer
el que natura nos dió;
la mágica variedad
que en sus páginas encierra
reconoce que en la tierra
obra la Divinidad;
y al artista en conclusion
estas bellas cercanías
pueden dar todos los días
un rato de inspiración.
Dice usted que no es...

—Doctor,
poeta habeis preguntado
por lo cual he contestado
que no, porque soy pintor.
—Entre plumas y pinceles
poco alcanzo, y considero
que es un gran pintor Homero
y no es mal poeta Apeles.
—¿Dice usted que poco alcanza?
lo contrario da á entender
el que llega á establecer
tan completa semejanza.
—Gracias; pasando á otra cosa,
y ¿con los baños qué tal?
—Hombre, no me siento mal
con el agua sulfurosa.
—¿Se come?

—No con empeño
que el digerir me concluye.
—Mas las fuerzas restituye
luego el benéfico sueño.
—La afición tengo bien puesta
de descansar la comida,
porque hago toda la vida
una mayúscula siesta.

—Satisfecha esa afición
usted solo aquí se aburre,
por los tránsitos discurre
y no visita el salón.
—Hay su parte de egoísmo
y su parte de rudeza,
¿qué quiere usted? con franqueza,
no me agrada el quiotismo
de esa numerosa grey
que acude todos los años
y de la moda en los baños
quiere domine la ley.
Al dejar la capital
huyendo breves instantes
de trabajos incesantes
y de un calor tropical,
deben hacerse los viajes
que origina una dolencia
por gozar de independencia
y no por lucir los trages.
Prefiero en la soledad
emplear el tiempo cruel,
al ridículo papel
de esa culta sociedad
que me obliga á hacer, doctor,
esclavo del figurín,
un traje para el jardín
y otro para el comedor.
Vea usted al hombre formal
que se olvida de sus treses
por gozar un par de meses
de una vida patriarcal,
y le empalaga el empaque
de tanta y tanta belleza
que acredita una cabeza
mas hueca que un miriñaque.
Con estudiados hechizos
de diges y baratijas,
tanto collar y sortijas
tantas cocas y postizos,
¿dónde vamos á parar
con este mundo tan loco
que todo lo juzga poco
en su afán de figurar?
—Existen sus excepciones.
—Yo no las niego, doctor,
pero la parte mayor
entra en mis observaciones.
La moderna sociedad
todo es oropel, dibujo,
y es mas temible ese lujo
que cualquiera enfermedad.
—Me habeis convencido y callo,
asegurando á mi vez
que os considero un juez
imparcial en vuestro fallo.
—Un poco murmurador,
pero es verdad cuanto digo.
—Felices tardes, amigo.
—Muy buenas tardes, doctor.

II.

¿Por qué está triste el pintor?
¡pobre Jorge! ¿qué tendrá?
del águila el alto vuelo
no se cansa de admirar,
lo ve en las obras que el génio
lega á la posteridad,
y tal vez las impresiones
que le inspiran, es quizás,
por lo que abatido y triste
su semblante siempre está.
¿Posible es que sea él mismo?
sus pinceles ¿dónde están?
¿muestra al país vascongado
su indiferencia glacial?
¿y estos hermosos paisajes
inspiración no le dan
cuando en la verde montaña,
ó en la llanura feraz,
el artista entusiasmado
ve purpureos declinar
los rayos del sol poniente
que á otro hemisferio se va?
Si su corazón de artista
es encendido volcán,
si quiere por él las glorias
de las artes conquistar,
si Jorge no tiene días
en que se juzgue incapáz
á la altura de elevarse
en que los génios están,
tal vez será la lectura
de un libro sentimental
la que tales impresiones
á su alma pueda causar.
Jorge, como todo artista,
tiene sensibilidad,

el libro arranca á su pecho
un suspirillo fugaz,
eleva al cielo sus ojos
y su distracción es tal
que no siente leve aéreo
el paso que da detrás
la dama que del jardín
le viene de ella á sacar.

—¡Señora!

—Estais conmovido,
¿es muy triste esa lectura?
—Mucho, es una criatura
que con sencillo candor
deja arraigar en su pecho
una pasión inocente,
que despues germinar siente
con fuego devorador.
—Amando correspondida
podrá ser feliz, no obstante,
como no sea su amante
un seductor bajo y vil...
—Es bueno, mas ella ignora
que dél la separa un muro.
—¡Oh, Dios mío! eso es muy duro
es un eterno sufrir.
—Pobre flor que en los pensiles
de la Italia recogida,
sobre esbelto tallo erguida
en su albor primavera
al aliento de la brisa
y al compás de blando arrullo
ostenta con noble orgullo
su corola virginal.
Mecida por el ardiente
céfiro napolitano,
abre su caliz temprano
una sonrisa de amor,
y esa celestial sonrisa
que le halaga placentera,
viene en su estación primera
á ser tumba de la flor.
Ya se vé, tiene por cuna
el tiesto de una ventana,
y en trasladarse se afana
á mas florido jardín,
y no es de extrañar, señora,
que en su gentil primavera
por alzarse de su esfera
llegue temprano á su fin.
De un ser, que no ha de ser de ella,
la ausencia una joven llora.
y á ese ser la pobre adora
con delirio abrasador,
y goza en su desvarío
sin que su mente imagine
que él es el gran Lamartine
y ella hija de un pescador.
—Oh, ya comprendo esa historia
cuanto el corazón conmueve,
él será un hombre de nieve,
la niña será un volcán...
—Por eso víctima triste
es de la inmensa distancia
que hay de Nápoles á Francia
y hubo entre ella y su galán.
—Pues el cielo está mas lejos
y, sin que á nadie le asombre,
¿quién es mas bajo que el hombre,
y quien mas alto que Dios?
sin embargo, el mas humilde
de los seres de este suelo,
encuentra mirando al cielo
un alivio en su aflicción.
—Pero, ¿qué hacen los deleites
que halagan nuestra memoria?
¿qué los ensueños de gloria?
¿qué las horas de placer?
llevar con falso atractivo
las mas bellas ilusiones
dejando á los corazones
triste recuerdo de ayer.
Por eso es fatal mi historia
como lo es la de *Graziella*.
—¿Qué decis?
—Su misma estrella
tal vez me hará sucumbir.
—¡Jorge!
—Perdonad, condesa.
—¿Amais?
—Con delirio insano.
—¿Os aman?
—Es un arcano
que no debo descubrir,
—¿Mas le haceis ignorar?...
—Todo
—¿Por qué?
—Por desconfianza.
—¿Que os falta?
—Una esperanza.

—¿Y es un ángel?
—¡Celestial!
—¿Le olvidareis?
—Imposible.
—¿Y en él cifrais?...
—Mi ventura.
—¿Quién os separa?
—Su altura.
—¿Temeis su desden?
—Cabal.
—Conque el mismo que presenta en su album á los guerreros de aquellos semblantes fieros, de aquel bético valor, ¿es tímido enamorado que á sus solas se querella? ¿es posible que una bella le cause tanto temor?
Comprendo, si bien se adora, que la pasión quite el brío porque se tema un desvío de quien la pudo inspirar, mas, también el hombre fuerte, si en el silencio se encierra, será infeliz en la tierra sin ser delito el amar.
—Plácido ardor, ¡ay! condesa, ese soplo inquieto y vago de la pasión, con su halago á mi pecho inspiró ayer, y hoy tirano me avasalla, porque ese soplo es ahora una llama asoladora de un volcan que siento arder. Pues ha convertido el tiempo mi pasión pura y sencilla en horrible pesadilla de un sueño fascinador, dejadme soñar, señora, porque despierto imagino que sois condesa de Alcino y yo soy... ¡Jorge el pintor!

III.

—¿Con que ese es el secreto que tanto pesa?

—Matame si te enfada, linda condesa, te amo y te admiro; por tí quiero la vida, por tí respiro.

—Págase mi amor propio del rendimiento de un hombre y de un artista de sentimiento.
—¡Cielos! ¿qué escucho?
—Qué también la condesa te quiere mucho.

Huyamos de los baños Jorge querido, que es impropio aquí un lujo tan desmedido. Madrid es villa en la que puede hacerse vida sencilla.

—Soy cristiano: en mis goces como en mis duelos la primera mirada tiendo á los cielos, doyle en seguida á la muger que me hace feliz la vida.

Escúchame, condesa, cándida y pura, Oye, luz de mis ojos, casta hermosura, flor de esperanza, estrella de mi vida, mar en bonanza:

Si un puesto distinguido me da la historia tuyo será el renombre, tuya mi gloria, que á mis pinceles brindará tu hermosura frescos laureles.

OBDULIO DE PEREA.

BOLSA DE MADRID.

Cotizacion oficial del 25 de noviembre.

FONDOS PUBLICOS.

Titulos del 3 por 100 consolidado, publicado. 51-70, c.; á plazo, 51-75 c. fin cor. vol.; 51-90 fin. próx. vol.
Idem del 3 por 100 diferido, publicado, 45-60 y 70; á plazo, 45-90 y 95 fin. próx. ó á vol.
Deuda amortizable de primera clase, no publicado, 36-50 p.
Idem de segunda, id., publicado, 17-25.
Idem del personal, id., 21-30.
Obligaciones municipales al portador de 4.1.000 rs., 6 por 100 de interés anual, no publicado. 92-50 d.
Acciones de carreteras, emision de 1.º de abril de 1850, de 4.4.000 rs., 6 por 100 anual, id., 99.
Idem de 4.2.000 rs., id., 99 d.
Idem de 1.º de junio de 1851, de 4.2.000 rs., id., 97-50.
Idem de 31 de agosto de 1852, de 4.2.000 rs., id., 96-50 d.
Idem de 1.º de julio de 1853, de 4.2.000 rs., id., 97-50.
Idem de Obras públicas de 1.º de julio de 1858, id., 97-50.
Idem del Canal de Isabel II, de 4.1.000 rs., 8 por 100 anual, id., 110-40 d.
Obligaciones del Estado para subvenciones de ferro-carri-les, publicado, 97.
Acciones del Banco de España, no publicado, 220 p.
Idem de la Sociedad Española Mercantil é Industrial, id., 244 d.
Idem de la Compañía de los ferro-carri-les de Madrid á Zaragoza y Alicante, id., 2300.
Obligaciones de la Compañía de los de Madrid á Zaragoza y Alicante, con interés de 3 por 100, reembolsables por sorteos, id., 1.010 d.
Idem hipotecarias del de Isabel II de Alar á Santander, con interés de 6 por 100, reembolsables por sorteos, á 137 1/4 por 100, id., 10.500.
Idem de la Compañía del ferro-carril de Córdoba á Sevilla, id., 1.425 p.
Acciones del ferro-carril de Zaragoza á Pamplona, idem, 1.625 d.
Obligaciones de id., id., id., 960.
Acciones de los ferro-carri-les de Lérida á Reus y Tarra-gona, id., 1.900.
Obligaciones de id., id., publicado, 950.
Acciones de la Compañía del ferro-carril de Ciudad-Real á Badajoz, no publicado, 1.845.
Obligaciones de id., id., id., 950.

CAMBIOS.

Londres á noventa días fecha, 50-25.
Paris á ocho días vista, 5-25 p.

EDITOR RESPONSABLE, D. JOAQUIN BERNAT.

MADRID: 1862.—ESTAB. TIPOGRAFICO DE MELLADO, calle de Santa Teresa, núm. 8.

LAS TARDES DE LA GRANJA

ó

LECCIONES MORALES É INSTRUCTIVAS

DE UN PADRE A SUS HIJOS.

NOVISIMA EDICION DE LUJO

NOTABLEMENTE CORREGIDA Y AUMENTADA SOBRE LAS ANTERIORES, Y ADORNADA CON PRECIOSAS LAMINAS.

Un REAL entrega en toda España.

Esta bella coleccion de novelas forma un hermoso tomo de mas de 700 pá-ginas de impresion clara y correcta, ó sean 44 entregas de 16 páginas en 4.º con 16 láminas en acero, y una preciosa portada litografiada á dos tintas. Se publi-can cuatro entregas por semana sin interrupcion alguna.

Siendo infinitas las personas que se retraen de suscribirse á las obras por en-tregas, á causa de la desconfianza de si se suspenderá su publicacion, no hemos querido dar al público nuestra edicion de *Las Tardes de la Granja*, hasta tener terminada su impresion.

Se halla de venta la obra completa y elegantemente encuadrada á la rús-tica á 40 reales, y se admite suscripcion por entregas semanales á real cada una en los puntos siguientes:

Madrid: en la administracion, Jardines, 22, pral.; y en las librerías de don Leo-cadio Lopez, Carmen, 29; Font, librería española, calle de Relatores; Serrano, Pasage de Matheu; Bailly-Bailliere, plaza del Principe-Alfonso; Moya y Plaza, Carretas, 8; y C. Moro, puerta del Sol, 5.

Las suscripciones y pedidos de provincias se dirigirán al administrador de la obra, D. A. Marzo y Fernandez, Jardines, 22, pral., indicando si se desea reci-bir la obra completa, ó por entregas semanales.

No se sirve pedido que no acompañe su importe en libranza ó sellos, de-biendo certificarse toda carta que contenga de estos últimos en cantidad.

CENTRO DE SUSCRICIONES

PARA TODAS LAS OBRAS Y PERIODICOS DE ESPAÑA Y DEL ESTRANGERO

A CARGO

DE D. MANUEL AGUIÑIGA,

EN HARO, PROVINCIAS, LOGROÑO.

A todos los señores autores, editores de obras y periódicos, impresores y li-breros en general les hace presente el encargado de este centro, le envíen un ejemplar de sus publicaciones, con un buen surtido de carteles, prospectos y en-tregas primeras para dar á sus obras la conveniente publicidad, recomendarlas de la manera mas provechosa y poder invitar á domicilio por el repartidor.

HISTORIA

DEL

COMBATE NAVAL DE TRAFALGAR,

PRECEDIDA DE LA DEL RENACIMIENTO

DE LA MARINA ESPAÑOLA.

Ahora que nuestra *Marina* empieza á reponerse, es mas propio que nunca conocer las consecuencias y la influencia que en el porvenir de nuestra patria ejerció el *Combate naval de Trafalgar*, cuya historia contiene este im-portante libro, precedida de la *del Renacimiento de la Marina Española*, que es una esposicion de los sistemas económico-políticos por los cuales duplicó nuestro pais su poblacion, desarrolló su agricultura, fomentó sus industrias, es-tendió su comercio y acrecentó su marina en los famosos tiempos de Patiño, Es-senada y Wall, de Fernando VI y de Carlos III.

El estadista, el político, el marino, el militar y toda persona curiosa hallarán en esta obra mucho que satisfaga su curiosidad científica y no poco que halague su amor patrio.

Está elegante y correctamente impresa en magnífico papel vitela y tiene 200 páginas en 4.º mayor con lectura de mas de 500 de tamaño regular.

Se vende á 10 rs. en Madrid y provincias franco el porte.

Se suscribe y se hallan de venta todas estas obras en Madrid en el Establecimiento de Mellado, calle de Santa Teresa, núm. 8, y en las librerías Americanas, calle del Principe; de Baylli-Bailliere, plaza del Principe Alfonso; en la de Moro, Puerta del Sol; en las de Cuesta, Matute, Sanchez, Viana, y Villaverde, calle de Carretas; en la de Lopez, calle del Carmen; en la de Olamendi, calle de Pontejos; en la de Durán, Carrera de San Gerónimo; en la de Guizarro, calle de Precia-dos; en la Publicidad, pasage de Matheu, y en la de Hernando, calle del Arenal, donde también se reciben los anuncios para el *MONITOR*. En provincias por conducto de los corresponsales del Establecimiento ó enviando letra del importe.